

RESEÑAS

M. TUÑÓN DE LARA, J. AROSTEGUI, A. VIÑAS, G. CARDONA, J. M. BRICALL,
La Guerra Civil 50 años después,
Barcelona, Editorial Labor, 1985.
476 págs.

«Yo pienso que dentro de cincuenta años la gente andará dándole vueltas a esta locura, porque esto es una locura...». Hacer buena esta profecía de ficción del no menos ficticio Robín Lebozán, era algo que editorialmente estaba cantado en un país tan dado a los aniversarios como el nuestro. Aquí tenemos, pues, este volumen en el que, a modo de introducción, Tuñón de Lara señala que el objetivo de sus autores ha sido «reflexionar documentadamente» desde un hoy en que «todo parece muy lejos», acerca de «cómo pudo llegarse a aquella fractura», «cuál fue su impacto» y «qué podemos conocer de él medio siglo después» (págs. 9-10). Tal es el ambicioso proyecto. Oportuno además, dadas las fechas conmemorativas que corren.

Así pues, se abordan en 437 apretadas páginas, y por especialistas ya consagrados en las áreas que aquí acometen, las cuestiones más candentes y al uso sobre la Guerra Civil: LAS OPERACIONES MILITARES, desde luego, que GABRIEL CARDONA *relata* en un primer momento y *explica* brevemente después en el apartado sobre «Conducción de la Guerra», en el que detalla las fases de la estrategia de ambos bandos e insiste en el conservadurismo de los planteamientos teóricos que presidieron la ejecución operativa, con la notable excepción del empleo del arma aérea por parte alemana.

De ese conservadurismo y del carácter de Cruzada implacable asumido por los vence-

dores, nacería la exasperante lentitud de las operaciones y la misma decisión franquista de aniquilar, donde se presentase la ocasión, a un Ejército Popular que nunca acabó de organizarse, carente de casi todo, eficaz a la defensiva y obligado sin tregua a desastrosas ofensivas, que vacilaba siempre a la hora de hacer realidad los brillantes planteamientos de Rojo. La República, concluye Cardona, fue «un Estado obligado a sostener una guerra sin ejército» (p. 266).

La intervención, a su vez, verdadera causa de la duración y virulencia de aquel terrible baño de sangre, fue fruto de la irrupción en España del huracán europeo: «sopla en toda la Tierra / el mismo viento que se llevó tu casa», diría León Felipe. Al estudio de LOS CONDICIONANTES INTERNACIONALES se aplica ANGEL VIÑAS quien, tras trazar una panorámica de las grandes líneas de fuerza actuantes en los años treinta (resulta *hoy* muy digno de reflexión el fatal irenismo aislacionista de la República), analiza la posición de las potencias ante el conflicto español y explica convincentemente los mecanismos de sus tomas de decisión que, al llevarse finalmente a efecto, se van condicionando recíprocamente y determinando la marcha de la guerra. Decimos «determinando», porque para Viñas el de 1936-39 resultó un contencioso subordinado y *marginal*, dentro de una coyuntura europea dominada en general por una voluntad de *distensión*, al que la «no intervención» desactivó sus potencialidades expansivas y que, contra las previsiones de conflictividad mundial inevitable de un Negrín, quedó zanjado en la capitulación de Munich. La tragedia de la República fue que la ayuda soviética (su «tabla de naufragio», según Zugazagoitia), «debilitó no paradójicamente a la República en el plano de sus

relaciones con aquella potencia en la que, en el decir de Stalin, se juzgaba su destino: el Reino Unido» (172). Este y su aliada Francia contribuyeron decisivamente a forjar el Eje (193), al no querer enfrentarse al fascismo «a causa de un colega inestable —según R. Fraser— cuyo orden burgués se veía amenazado desde abajo».

En lo que atañe a las evaluaciones cuantitativas de la intervención, Viñas las inserta en un cuadro de contextos explicativos muy distinto de las *comparaciones abstractas* de números y guarismos, dejando claro que éstos sólo adquieren significado en el marco de un análisis más global de los ritmos, circunstancias y grado de regularidad de los aportes extranjeros.

Es otro economista, quien desde un plano catalán ha tratado ya en otras ocasiones el tema económico, el que aquí habla de LA ECONOMÍA ESPAÑOLA (1936-1939). Consciente JOSEP M. BRICALL de que las investigaciones sobre la economía de esta época siguen siendo escasas, describe el conjunto de la actividad económica de ambas zonas, basándola en fuentes que están más allá de las consabidas memorias, programas políticos o material de hemeroteca. Partiendo de los desiguales efectos de la Gran Crisis en España y de la incidencia de la propia existencia de la República en el sistema económico español, Bricall se extiende sobre el impacto que la división bélica ocasionó en las respectivas disponibilidades de recursos, con la creación de nuevas coordenadas de demanda, problemas de oferta, pérdidas de mercados y otras disfuncionalidades, a cuya corrección atendieron las diversas políticas puestas en marcha para la adecuada reorganización de la producción, distribución y financiación.

Pero si los textos de Cardona, Viñas y Bricall resultan imprescindibles para tener los conjuntos de referencias explicativas básicas de la Guerra Civil, el de JULIO AROSTEGUI acerca de LOS COMPONENTES SOCIALES Y POLITICOS toca la pura esencia del conflicto, si es que creemos a Clausewitz o a su aventajado discípulo Lenin. Hay en las páginas de Aróstegui, que ha dedicado mucho tiempo a la reflexión teórica y metodológica, un esfuerzo muy notable de *conceptualización* que le lleva a trascender el nivel narrativo y a pulverizar una vez más las es-

corias míticas adheridas a este tema. Aróstegui considera la Guerra Civil como guerra entre grupos y clases, específicamente social (113), aunque superpuesta a esta variable básica se hallen otros «muchos conflictos secundarios» (pág. 93), cuyos ritmos propios y engrace con el principal se nos aclaran.

El levantamiento militar, como forma de contrarrevolución preventiva ante una presunta insurrección popular, acabó desencadenando un sarpullido de poderes autónomos, una oleada consejista (pág. 52), en suma, una *revolución real* (pág. 48), aunque de perfiles contradictorios: *profunda*, en cuanto que altera a favor de los trabajadores las estructuras sociales y los «logros y expectativas de una eficaz alianza entre el proletariado y las burguesías» (pág. 59), soporte de la República en cuya defensa se luchaba; es también una revolución que queda muy pronto *limitada*, al darse una primacía creciente al esfuerzo bélico en detrimento de las transformaciones anticapitalistas, con el intento además de reorganizar el Estado y la alianza de clases en que aquel se apoyaba desde febrero del 36.

Y frente a la revolución, una «*reacción restauradora* de las estructuras de la España agraria» (pág. 63), *inspirada* por la oligarquía financiero-terrateniente y *alentada* masivamente por una burguesía agraria malograda, feliz en su papel de satélite de aquéllas (pág. 94).

Revolución y reacción restauradora son, pues, líneas paralelamente divergentes frente a la República del 14 de abril/16 de febrero. De aquí la similitud, resaltada por Aróstegui, de la dinámica política de las dos Españas en pugna. Los rebeldes pasan de una especie de anarquía militar al *mando único* y al *Caudillaje*, con un modelo de partido único instrumental, destinado al encuadramiento rígidamente totalitario de la población. La República, a su vez, avanza desde el marasmo de la fase Giral al *equilibrio de fuerzas* del Gobierno Largo y a un reforzamiento de la tendencia a la *homogeneidad* (de programa, al menos) con Negrín, tratando de mantener unos mínimos de constitucionalidad, en medio de una tensión siempre muy viva entre las diversas fuerzas por compatibilizar exigencias de guerra y avances revolucionarios. Así pues, sólo «aparentemente el proyecto (de la

República) era inverso al que llevaba a cabo Franco: desagregación frente a unificación» (pág. 82).

Resurrección del arcaico bloque de poder y mantenimiento del significado histórico de la IIª República, en las dos zonas vuelve a planteárenos el sempiterno problema de las *clases medias*: sin respuesta política unitaria frente al reformismo republicano prebélico, sujetos pacientes de las duras condiciones económicas del período, mayoritarias electoralmente aún en 1936, si se recuentan los datos de febrero como lo hizo Madariaga, se las ve andar durante la guerra en plena *desorientación*, buscando protección en fuerzas de orden como el PCE o Falange.

De las propias tesis mantenidas por Aróstegui al conceptualizar la de 1936 como «guerra de población», se deduce el enorme peso que en ella tuvieron las ideologías. Al problema de CULTURA Y CULTURAS. IDEOLOGÍA Y ACTITUDES MENTALES, dedica su atención M. TUÑÓN DE LARA. En la primera parte de su trabajo Tuñón cede la palabra a los protagonistas del momento, personales o institucionales, y gracias a ello percibimos qué es lo que entendieron los españoles de su propio enfrentamiento, en qué elementos apoyaron la legitimidad de ambas Españas y qué fases atravesó la elaboración de los respectivos discursos ideológicos. En un segundo momento se aborda la cuestión central de los modelos culturales; desde una óptica implícitamente «mcluhaniana», vemos cómo la *variedad* y radio de *difusión* de los medios republicanos llevan inmanentes unos contenidos de *movilización popular* coherentes con los presupuestos de la herencia institucionalista/progresista, que choca vivamente con el uniformismo e *integrismo* propios del franquismo, apenas velados por la supuesta novedad del mensaje falangista.

Con proclamada modestia —«un primer anteproyecto, un tanteo intelectual» (pág. 340)—, Tuñón explicita el contraste entre los dos modelos culturales propuestos y la forma de sentirlos y vivirlos en su existencia cotidiana por parte de la gente común de las respectivas zonas; resultan quizá las páginas más amables y entretenidas del libro que motiva estas líneas.

Otros dos textos, también de Tuñón, abren y cierran los trabajos que venimos comentando. En el primero, ORIGENES LEJANOS Y PROXIMOS, que hace las veces de Introducción, el maestro TUÑÓN expone una vez más, partiendo de 1898, la progresiva crisis del sistema de poder encarnado en la Restauración y los intentos —ya bajo la República— de organizar de nuevo la democracia española, es decir, de consolidar, según explicó Azaña, la presencia en el poder de clases sociales hasta entonces desprovistas de él; frente a tal proyecto de modernización reformadora, reacciona violentamente la vieja España de tiempos lentos y dinámicas arcaizantes.

Tuñón trata de establecer *causas de fondo* y *causas inmediatas* aclaratorias del estallido del conflicto. Tal exposición resulta válida en su conjunto, porque queda revestida de substancia histórica. Pero creo que subliminalmente adolece aún del espantado asombro que produjo la tragedia a las generaciones que la sufrieron directamente y ante la que reaccionaron buscando primero la autoexculpación en la culpabilidad adversaria, para acudir después —desde las diversas opciones ideológicas— al aparentemente más aséptico juego de las causalidades históricas. Posiblemente se olvida un hecho esencial: toda la opinión mundial coetánea consideró que la Guerra Civil española no fue, políticamente hablando, sino el preludio de la 2.ª Guerra Mundial. Seguramente sin la preparación de ésta —ya en marcha—, la nuestra no habría pasado de ser un pasajero incendio como los del siglo XIX.

El propio TUÑÓN traza en UN ENSAYO DE VISION GLOBAL MEDIO SIGLO DESPUES, el siempre necesario balance de pérdidas, es decir, del precio pagado por la recuperación de la hegemonía del bloque de poder tradicional (pág. 422). Tras ello se hace una aproximación al estudio del franquismo y a los elementos de novedad y permanencia operados a lo largo de los cuarenta/cuarenta.

Para concluir, creo que es de justicia reconocer que este libro resulta imprescindible como primera lectura para todas aquellas personas que deseen tener una visión seria y fundada de nuestra historia más reciente. Posiblemente desplace en este cometido a otras

obras muy conocidas. Quizá haya sido este el objetivo inconfesado de los autores de este volumen: la calculada extensión de la bibliografía esencial que acompaña cada capítulo, las tablas de Cronología o el Glosario, así parecen evidenciarlo. En cualquier caso, estamos ante un trabajo de síntesis muy válido, por más que en muchos aspectos futuras investigaciones vengan a corregir porcentajes, grados o matices.

Tomás Pérez Delgado

ALBERTO REIG TAPIA,
Ideología e Historia: sobre la represión franquista y la guerra civil.

Prólogo de Manuel Tuñón de Lara. Madrid, Ediciones Akal, 1985. 183 págs.

Ha pasado mucho tiempo, ha orvallado abondo, ha crecido la hierba para impedir que la gente resbalara en la sangre y, sin embargo, aún se recuerda «el vendaval que sembró el dolor en la memoria».

Buena prueba de ello son las rasgadas de popelina y vestiduras varias que de vez en cuando ejecuta algún ilustre diario madrileño con ocasión de cualquier mirada retrospectiva, editorial o televisiva, que quiera develar mitos o recuperar identidades. Por ello hay que decir bien alto, con Azaña, que «el pueblo español tiene derecho a volver la vista atrás para algo que no sea emparar su corazón en hiel».

Esta es la línea en que se sitúa Alberto Reig Tapia en su libro, con tono de polemista tan hábil que uno lamenta haber llegado demasiado pronto al final de su discurso. Y esto, la verdad, sucede sólo muy de tarde en tarde.

Sacar el espinoso problema de *la represión franquista y la guerra civil* del campo de las puras evaluaciones cuantitativas, destinadas a una misérrima comparación con las del bando adversario, es el objetivo prioritario del texto que comentamos. Para ello el autor

enmarca el fenómeno en su contexto general: hace pronunciarse a periódicos, autoridades, representantes extranjeros, líderes, instituciones, prohombres y organizaciones de aquella España escindida por el feroz tajo fratricida y, sobre todo, analiza los mecanismos jurídicos procesales puestos en pie para la *represión legal*, a saber, *justicia popular* en la República, frente a *justicia al revés* del franquismo, por emplear el concepto acuñado por Serrano Súñer. Tras la mayéutica exposición de testimonios, que resulta apabullante, y la comparación procesal, el lector desapasionado sólo puede sacar una conclusión.

Inexplicablemente sin embargo, en este trabajo falta —como siempre en las historias más conocidas sobre la guerra escritas en España o fuera— el empleo de una fuente como los diarios de Ciano, ese excepcional autotestigo de cargo. Es lástima.

Pero el libro de Reig Tapia lleva como encabezamiento de su título *Ideología e Historia*. Por eso se intenta desentrañar el significado y los peligros del *pacto de silencio* solemnemente sellado en la Transición, sobre ésta y otras cuestiones. Nadie duda de la oportunidad de tal pacto en lo que tiene de voluntad irrenunciable de convivencia política y nadie, creemos, desea exhumar armas arrojadas entre los españoles de hoy. Pero tras los cuarenta, cuarenta de olvido y manipulación programados, es imprescindible terapia saber qué significó la rebelión contra la República y qué medios empleó para durar, reflexionar lo que significan aún hoy las desiguales posibilidades de acceso a ciertos archivos y el sentido político que puede tener la desaparición de fuentes documentales.

Reig Tapia muestra cómo las murallas levantadas a ciertos investigadores, las facilidades dadas a otros y el alarmismo tronitruante de quienes exigen celar el pasado, no se orientan a reforzar el ambiente de distensión y tolerancia sino a perpetuar las incrustaciones en nuestra sociedad de un franquismo al que los responsables de esas actitudes sirvieron, del que se proclaman albaceas y cuyo legado quieren perpetuar.

Habiéndose marcado como fin mostrar la manipulación ideológica que sobre la *guerra de retaguardias* ha operado la historiografía

justificadora del franquismo, Reig Tapia somete a crítica los mitos (la anti-España eterna, la conjura perpetua, la insurrección de Tomás Borrás, etc.) o las elaboraciones puramente ideológicas que subyacen en la *Síntesis Histórica de la Guerra de Liberación 1936-1939* del Servicio Histórico Militar, o en las obras de un Martínez Bande, Gárate Córdoba o Jesús Salas, todos los cuales hicieron su opción personal, sirviéndola después con respetable lealtad.

Otro es el caso del conocido polígrafo Ricardo de la Cierva, contra cuyos *errores, in- menos errores* arremete sin piedad Reig Tapia, volviendo todas sus *argumentaciones* del revés. Lamentan los autores de estas líneas no seguir tan al día la prensa madrileña, pues habrán posiblemente aparecido ya referencias sabrosísimas a cuanto momentáneamente nos ocupa. Pues si hay algo que queda claro en este libro son las dotes del citado personaje para la polémica periodística («humaredas pérdidas, neblinas estampadas»).

Resalta intencionadamente además Reig Tapia el contraste entre el tono de la *literatura crítica* sobre la guerra, que aborda de pasada el tema de la represión (anglosajones, hispanistas franceses, autores españoles) y el que adopta la del bando de los *justificativos*. En el sector de estos últimos se evidencia la evolución de unas posiciones de seguridad, combatividad, descalificación absoluta de los adversarios e inocencia franquista, a otras centradas en una presunta igualación del peso de la violencia en los dos bandos y, finalmente, como última fase de repliegue, el exclusivo debate sobre la asepsia neopositivista del las cifras.

Esta última sería la línea argumental de los hermanos Salas Larrazábal, singularmente de Ramón. Aparte una rápida referencia a las insuficiencias epistemológicas de todo positivismo y al tono vehemente empleado por Ramón Salas en la defensa del propio trabajo investigador, Reig critica su metodología de tratamiento de los Registros Civiles y de la normativa reguladora del funcionamiento judicial (en el que se infravaloran las condiciones creadas por la depuración funcional); compara las presuntas realidades de la norma con la real realidad de los testimonios sobre

el ambiente en que se llevó a cabo la represión; aduce pruebas múltiples sobre las dificultades experimentadas entonces y aún hoy para la correcta inscripción de defunciones de represaliados y, finalmente y sobre todo, colocándose en el ángulo de tiro de lo puramente cuantitativo, contrasta los resultados de Salas —que por ser globales son al mismo tiempo provisionales— con los ofrecidos por estudios monográficos y zonales como los de Gibson o Francisco Moreno.

Para finalizar estas breves líneas, un reparo grave que poner al autor: ¿Qué entiende por *represión franquista y guerra civil*? En la página 96 de su libro Reig se pregunta —sin responder—, quiénes pueden considerarse víctimas de la represión, si entrarían o no en este apartado los muertos sobre el propio campo de batalla después de haber sido desarmados, qué diferencias hay entre represión, contrainsurgencia, campañas de pacificación, etc. o, si por el contrario, es todo lo mismo. El pensamiento político-militar de nuestros días, elaborado a partir de la 2.^a Guerra y las luchas de Liberación de los países de la Periferia Mundial, no carece precisamente de doctrinas desde las que proceder a una conceptualización científica del problema estudiado por Reig Tapia. Que a partir de esta conceptualización los problemas van a complicarse aún más, evidente. Eso es lo que siempre suele pasar al iniciarse con metodología científica el estudio de cualquier realidad.

Será justamente ese camino y ese dar vueltas y vueltas a la cuestión —tan necesario hoy—, lo que nos lleve al olvido consciente y verdaderamente deseable. De momento, gente incluso muy joven como Reig Tapia mira atrás *sine ira et com studio*. Otros, como Cela, con la perdurabilidad de los clásicos, han exorcizado ya catárticamente para siempre los fantasmas del resentimiento y la venganza. Además, la sociedad española de hoy tiene ya una perspectiva para enjuiciar estos fenómenos diametralmente alejada de la que tuvieron las generaciones que vivieron el autodesgarramiento patrio.

Seguro que dentro de muy poco tiempo este problema tendrá más sabor a legajo de archivo que a galerada de prensa. Entonces

alguien volverá a lamentarse, como aquellos gallegos que sólo en dos ocasiones oyeron tocar *Ma petite Marianne*: «Esto es lo malo que tienen las guerras, que enseguida empiezan a oler a rancio o alcanfor, tanto tiene».

Tomás Pérez Delgado
Mariano Esteban de Vega

GUY HERMET,

Los católicos en la España franquista.

I. Los actores del juego político.

Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), 1985.

El autor, como él mismo señala en el prólogo, aborda una obra ambiciosa, de la que sólo disponemos de la primera parte. El problema e influencia católica no se puede olvidar en la historia de este país y en la época de la Segunda República es una cuestión central. Hasta aquel momento la Iglesia y sus fenómenos adyacentes —sentimiento católico, ideologías políticas derivadas— ocupaban una posición que, aún cuando cada vez se pudiese considerar menos prestigiosa o más débil, era de gran importancia. La obra republicana —anticlerical, sectaria o, simplemente, deseosa de construir una sociedad civil— debilitó su situación.

La Iglesia de la inmediata posguerra se halla en una situación completamente diferente: se la puede considerar como uno de los grandes vencedores beneficiarios de la «Cruzada». El Estado retoma su confesionalidad (creando un diálogo permanente y directo entre los dos poderes); su situación económica mejora notablemente (el Estado sufraga los gastos del culto, finanza la enseñanza confesional); cuenta con la posibilidad de velar por la pureza de la fe (enseñándola en todos los niveles académicos y cortando las desviaciones por medio de la censura); sus organizaciones (con excepción de las sindicales) cuentan con la posibilidad de expandirse y difundirse libremente; se amplían masivamente sus medios de comunicación de masas...

Esta estrecha relación con el Estado no está falta de conflictos y se irá deteriorando progresivamente de forma que en 1971 los dirigentes católicos llegan a considerar «pecado» su anterior y comprometida actuación.

El principal mérito de esta obra puede estar en la exposición del proceso de liberalización, de modernización y espíritu progresivo del catolicismo; el abandono de sus posiciones más ultramontanas o del neointegrismo subsiguiente a la guerra civil; su apertura para la comprensión de los problemas sociales, que tiene su plasmación más concreta en las organizaciones que originan sindicatos de oposición ilegal, en el diálogo con los marxistas o, incluso, en la aparición de una nueva corriente de carácter revolucionario.

La llegada a estas posiciones «izquierdistas» no fue fácil ya que el catolicismo español se veía lastrado por múltiples elementos. Desde el propio trauma psicológico de la represión bélica hasta la falta de teólogos de altura, pasando por la pobre y deficiente enseñanza del seminario o la definición política de signo conservador y negativo que inculca Acción Católica a sus fieles o la propia estructura organizativa de la Jerarquía y otras asociaciones (ACN de P y Opus Dei tienen un marcado carácter elitista, cuidan la selección de sus miembros y mantienen estructuras jerárquicas un tanto cerradas).

El «aggiornamento» consigue superar paulatinamente estas cargas. Hacia 1958 la apertura intelectual está perfectamente consolidada; el Concilio Vaticano II es bien recibido e incluso hay sectores más progresistas; el episcopado es más receptivo hacia las posiciones obreras (en torno a 1960 deja de ser hostil al STV y en esta década se forman los sindicatos católicos clandestinos); en los últimos años del franquismo predominan los obispos «liberales» sobre los «franquistas».

Si la Iglesia logra alcanzar estas posiciones en el terreno intelectual, fracasa o se muestra incapaz de recuperar para la práctica religiosa ciertas zonas geográficas o sectores sociales. La HOAC sólo logra implantarse en las zonas donde predominó, antes de la guerra, el sindicalismo católico y, algo más que un detalle anecdótico, la «vuelta a los altares» fue mínima, aún en los primeros momentos, en los barrios obreros. Aquí es donde se plantea el problema del comportamiento político de los

católicos. Las zonas de menor práctica religiosa (sur y este) son lugares de predominio de la izquierda en la República. Las áreas con mayor índice de cumplimiento de obligaciones rituales (noreste) son feudos tradicionales de la derecha. En las elecciones-plebiscitos franquistas coinciden con los mayores y menores grados de participación electoral. Lógicamente, hay excepciones y no se puede hablar de dos áreas geográficas distintas y radicalmente definidas.

Esta obra muestra claramente la imposibilidad de hablar de una Iglesia homogénea, uniforme. Es variada, se nos revela la existencia de tres iglesias: «vasca», «catalana» y la del resto del país. La vasca es especialmente paradigmática: un clero suficiente, representativo de la población de la que es responsable, se une a la corriente autonomista y cristiano demócrata. Pionera de la renovación político-religiosa, es la muestra más discordante del anterior mapa.

Falta un más detallado análisis de la actividad política (en todas las direcciones: entre sí, frente al Estado, frente a la oposición en el interior o exilio...) de los grupos católicos. El bosquejo, casi «arqueológico» de tendencias decimonónicas es, en buena parte, innecesario pero una vez realizado es generalizador y simplificador. La edición española podría haber realizado una versión más ágil, suprimiendo datos superfluos que retrasan el ritmo sin aportar novedades o ser fundamentales para la comprensión. La minuciosidad y el detallismo podrían haber sido eliminados sin perjuicio de la clarificación y coordinación. Unos retoques habrían colocado la obra en una más justa relación con el público al que ahora se le ofrece.

Juan J. Rodríguez Almeida

JAVIER TUSELL y GENOVEVA GARCÍA QUEIPO DE LLANO,

Franco y Mussolini. La política española durante la segunda guerra mundial.

Barcelona, Planeta, 1985.

Después de publicar el trabajo *Franco y los católicos*, el profesor Tusell nos ofrece,

esta vez con la colaboración de Genoveva García Queipo de Llano, el resultado de su investigación sobre el período inmediatamente precedente al que se refería en el primero. Ambas obras están conectadas no sólo por su referencia temporal sino por sus características más importantes: la dedicación al aspecto exclusivamente político, la utilización de fuentes en su mayoría inéditas y la abundancia de nombres propios como protagonistas de la historia. Igualmente coinciden en la voluntad de subrayar la interdependencia de las relaciones exteriores del régimen y los avatares de su política interna.

El doble argumento de *Franco y Mussolini* es la evolución de la postura española ante la guerra y los enfrentamientos políticos entre dos grupos: la Falange y los militares de mayor graduación, más o menos proclives a la monarquía pero en todo caso opuestos a la voluntad monopolizadora y totalitaria de la Falange. Todo ello tomando como eje la privilegiada relación que desde la guerra civil se estableció entre los dos regímenes dictatoriales. Esta relación tuvo dos consecuencias en la primera parte de la guerra mundial: el aumento de la probabilidad de intervención española a favor del Eje y el predominio de Serrano Suñer, interlocutor principal con la Italia del Duce, en la configuración política española. Tiene mucho interés el capítulo dedicado a esta fase, «La tentación española», en el que se narran los diversos momentos en los que estuvo más próxima la entrada española en guerra y que se pueden fechar en junio y septiembre de 1940 y abril y junio de 1941, hasta que la ofensiva alemana en Rusia alejó, paradójicamente, la posibilidad de beligerancia de España. Aunque no todo él aporta novedades espectaculares —el deseo de Franco de entrar en guerra y su ofrecimiento a los alemanes era ya conocido desde la publicación de las memorias de su cuñado aunque la idea contraria siga formando parte del mito franquista— sí profundiza en las causas que motivaron la no intervención española cuando todo parecía presagiar lo contrario. De estas causas la principal es que Alemania no accedió a las pretensiones españolas de obtener el Marruecos francés y además puso condiciones territoriales tan duras como la cesión de una isla de las Canarias para instalar una base; además, la insuficiente

preparación bélica española de la que eran conscientes los militares, por partidarios del Eje que pudieran ser; las divisiones políticas internas; el papel ralentizador de Italia, que en el momento en que se planteó la cuestión estaba más interesada en el Mediterráneo oriental y no quería un competidor por el apoyo germano en el extremo opuesto; y, finalmente, la creciente dependencia de los suministros angloamericanos que, por otra parte, jugarían un papel definitivo en el último año de la guerra.

En el aspecto internacional, aparte de lo relacionado con la guerra, tiene especial interés la evolución de la relación hispano-italiana, mucho más estrecha que la hispano-germana. Por parte de Falange había una voluntad clara de imitación y el régimen en general mostraba una identificación que hacía pensar en Italia como la principal aliada. La relación se veía desde Italia con un cierto matiz de superioridad y, aparte identidades ideológicas, buscaba en España un eficaz auxiliar para su política mediterránea. La influencia de los avatares italianos en la política española se plasma en el declive de Serrano y el ascenso de Jordana —pues éstos son los protagonistas del libro más que quienes le dan título— al compás del cambio de sentido de la contienda y el inicio de la derrota de Mussolini. De la «no beligerancia» inspirada por los italianos al mantenimiento de una neutralidad más estricta bajo las presiones angloamericanas; y del predominio de Falange a la situación de militares en los puestos clave del gobierno. Claro está que ésta evolución no fue lineal sino que pasó por avances, retrocesos y sinuosidades diversas. A veces Franco compensaba los acercamientos a la postura aliada con concesiones internas a los partidarios del Eje. Incluso tales acercamientos se hacían a la vez que se mantenían relaciones oficiosas con la República de Saló, poniendo a Jordana en numerosas dificultades con los embajadores inglés y norteamericano. Pero lo cierto es que la proclividad hacia los regímenes totalitarios fue siendo sustituida por las apelaciones al catolicismo y anticomunismo en la configuración ideológica del régimen franquista, cuyas últimas medidas en relación con la guerra fueron totalmente favorables a las potencias democráticas.

Como puede verse, mucho de lo expuesto no es en absoluto nuevo para quien conozca el tema. En este caso el recurso a fuentes inéditas (Ministerios de Asuntos Exteriores español e italiano, Archivo de la Jefatura del Estado español y archivos privados de Jordana, Varela y Mussolini, principalmente) ha servido para dar a conocer algunos hechos pero sobre todo para precisar las distintas posturas personales de importantes hombres del régimen, especialmente de Serrano —invalidando en gran parte su conocida reinterpretación de su propio pasado y Jordana, que aparece como el verdadero paladín de la causa de la neutralidad española. Franco también es perfilado con mejor conocimiento de causa. Contemplamos a un Franco partidario de la intervención en la guerra y dispuesto a hacer realidad sus sueños africanistas e imperiales; y vemos también a un primer Franco más cuestionado por sus pares castrenses que lo que hizo suponer su posterior situación por encima de todas las tendencias y obligado a hacer una política de contrapesos que no pusiera en peligro su poder. Pero del enfrentamiento Falange-militares quien salió ganando fue él. Y hay que señalar que los autores, interesados en subrayar la «pluralidad» del franquismo, dan una importancia quizá desmesurada a lo que enfrentaba a las citadas tendencias olvidando que, como es obvio, era mucho más lo que las unía.

José Manuel Rivas Carballo

MARIANO FERNANDEZ ENGUITA,
Trabajo, escuela e ideología.
Madrid, Akal, 1985.

Dos defectos capitales observamos nosotros en la mayoría de los estudios dedicados a analizar el pensamiento pedagógico marxiano. Por un lado, la autolimitación que supone la recuperación de textos de Marx y Engels que sólo en su intencionalidad primera guardan relación con el tema educativo, agravado por la general y falsa identificación entre

educación y escolarización. Por otro, una evasiva excursión filológica a los textos marxianos que conduce a lo sumo a una recopilación de la media docena de escritos en que Marx y Engels explicitaron sus ideas sobre la educación en forma programática. Y todo ello con el ánimo de encontrar en Marx el diseño de un modelo de educación alternativo. Tal es el caso de las obras ya clásicas de Manacorda, Santoni Rugiu, Dangeville, Dommanget o Dietrich. En todas ellas, los autores se sumergen en los textos más conocidos que dedicaron Marx y Engels a la enseñanza, a veces con un análisis crítico y pormenorizado como es el trabajo de Manacorda, otras fijando la aportación personal en una magra y desigual introducción como Dangeville o utilizando fuentes de segunda mano y dando cuenta de algunos de los tópicos más vulgares como ejemplifica la obra de Dietrich.

Quizá fueran Abbagnano y Visalberghi en su *Historia de la pedagogía* los primeros en tomar conciencia de que las implicaciones educativas y pedagógicas del marxismo no provienen tanto de los escasos textos aislados de Marx y Engels sobre la educación como de su visión del hombre y sus relaciones con la sociedad. En esta línea de trabajo, autores posteriores como Edwin Hornle, Snyders, Gutiérrez Zuloaga o Bermudo Avila han acabado con el tópico, hasta hace poco tiempo vivo, de que Marx, encerrado en las consecuencias de una concepción del mundo que otorga la primacía a los valores económicos, tendría poco que decir sobre el tema de la educación fuera de unas cuantas afirmaciones generales o de la reducción del fenómeno educativo a sus raíces de clase.

En la línea de estos últimos autores citados se mueve la obra del profesor de Sociología de la Educación en la Universidad Complutense de Madrid, Mariano Fernández Enguita, quien parte inicialmente de considerar que no ha habido ni habrá «redescubrimiento» nuevo alguno que permita extraer una teoría coherente y explícita de la educación en Marx, porque nunca se ocupó sino ocasionalmente del tema. Sin embargo, y aquí reside la fundamentación del estudio, reconoce que si se huye de la identificación estrecha de la educación con la escuela y tratamos de

comprender aquella como el proceso general y más amplio de la formación del hombre, no cabe duda entonces de que la obra de Marx, una vez restaurada en toda su complejidad y libre de simplificaciones, tiene mucho que decir al respecto.

De aquí parte el propósito declarado de este libro, que no es otro que el de esclarecer y desarrollar el valor de conocimiento que tiene la obra marxiana en el campo de la enseñanza, de la educación y de la cultura, interpretando los textos de Marx y extrayendo críticamente de ellos un conjunto de planteamientos y de categorías de pensamiento capaces de contribuir a la explicación de las realidades actuales en el ámbito de la educación y de la enseñanza. No debemos olvidar a este respecto, que nos encontramos ante la obra de un sociólogo de la educación, interesado como tal en el examen y consideración de algunas realidades actuales de los sistemas de enseñanza. Examen que, despreciando las aportaciones dogmáticas y mecanicistas de los marxismos históricos, pretende enriquecerse conceptual y metodológicamente de un diálogo directo y crítico con la obra de Marx, recuperando especialmente para esta ocasión sus escritos de juventud donde aquél plantea más directamente su peculiar humanismo e insiste en la educación o formación como un componente inescindible de la vida entera del hombre. De esta manera, Fernández Enguita trata de resituar a Marx en relación con el campo pedagógico, tradicionalmente impermeable a su pensamiento, destruyendo la teoría de que dentro del campo educativo se localizaría uno de los más célebres silencios de Marx.

El libro se estructura formalmente en dos partes bien diferenciadas, aunque íntimamente relacionadas entre sí. La segunda, que en la estructura del texto ocupa tan solo dos capítulos, recoge aquello que, normalmente, se considera como todo lo que Marx aporta al tema de la educación, analizando sus escritos con cierto detalle y en su contexto y evitando, al mismo tiempo, las interpretaciones simplistas y el estudio asistemático.

Temas como la actitud ambivalente en Marx ante el trabajo, el problema del tiempo libre como tiempo de desarrollo del individuo

la educación y el trabajo infantil o la combinación del trabajo productivo con la enseñanza van sufriendo puntual disección a lo largo del capítulo IX. Destaca sobre los demás el aspecto más problemático de la propuesta marxiana, que no es ya la introducción del trabajo en el proceso formativo —una actividad educativa que no incluyese el trabajo sería unilateral y limitada, una actividad meramente contemplativa—, sino la materialización de una firme voluntad de formación multilateral y universalista que representa la exigencia de una instrucción politécnica, distinta de la formación intelectual y que junto a la educación física conforma el trípode sobre el que se asienta la educación marxiana.

Otros temas abordados en esta segunda parte, dentro ya del capítulo X, y que contribuyen si no a conformar un sistema educativo propio sí a estructurar un conjunto coherente de reivindicaciones en torno a la enseñanza alentadas por Marx, son los de la compleja relación entre la educación, el papel del Estado en la misma y la dinámica del movimiento obrero, la explicitación de una teoría de enseñanza estatal, la configuración de una red de escuelas obreras independientes o la laicidad y neutralidad de la escuela.

La primera parte de la obra, sin duda la más compleja y de difícil lectura para la persona no familiarizada con estos temas, intenta, aprovechando las reflexiones de Marx sobre la antropología filosófica y la economía política, aplicar categorías depuradas al examen y consideración de algunas realidades actuales de los sistemas de enseñanza, insistiendo mucho más en las relaciones escolares que en los contenidos por cuanto, según Fernández Enguita, lo que debe cambiar en la escuela no son tanto los mensajes como el contexto dentro de los cuales se emiten esos mensajes. Por otra parte, y siguiendo las pautas de la reflexión marxiana, introduce en el análisis del proceso de formación del hombre, que dura toda la vida y se realiza en todas las esferas del acontecer social, dos elementos esenciales implicados uno en el otro: el trabajo y la producción. Fernández Enguita considera que la influencia del trabajo en los procesos de formación del hombre es muy grande, no sólo por lo que supone en sí mismo como productor de ideología y de valo-

res, sino también porque el trabajo tiene un papel determinante en el funcionamiento de la escuela. Analiza también el proceso de aprendizaje de las relaciones sociales de producción que se lleva a cabo en los centros educativos, al tiempo que considera a éstos, como sector de producción que son, sometidos a leyes económicas. Sin duda, este aspecto de las relaciones entre sistema educativo y sistema productivo constituye uno de los principales puntos de interés de este libro.

En resumen, nos encontramos frente a un trabajo de indudable interés que aborda, desde una perspectiva que explícitamente se reclama como marxiana, el problema de la formación del individuo en su dimensión escolar y social; que trata, con desigual resultado, de desmontar la idea de que las grandes tesis de Marx en educación son inservibles en el actual estado y nivel de evolución de la sociedad y la enseñanza y que en su estructuración formal acusa una notable tensión entre la labor de exégesis y desciframiento de textos y la tarea de reelaboración y de aplicación de categorías de análisis.

Francisco de Luis Martín

AVILES FARRE,

La izquierda burguesa en la II República.
Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1985.

El libro que aquí comentamos es un estudio de historia política de la etapa de la II República, que pretende darnos una visión detallada de la vida interna y de la actuación política de la izquierda republicana en el período indicado.

El estudio de Juan Avilés es la investigación de conjunto más completa que existe sobre el tema. Teníamos monografías dedicadas a indagar en algún campo concreto de los que este trabajo aborda, pero faltaba una explicación coordinada y global de estas fuerzas republicanas y de los problemas que suscitaban. En este sentido, el trabajo en cuestión

completa, y en cierta medida cierra, la temática de la izquierda burguesa en la II República.

El libro estudia prácticamente todas las fuerzas republicanas burguesas de la izquierda, incluido en algunos casos al Partido Radical, sobre todo hasta que inicia su línea más derechista tras las elecciones de 1933. Pero se centra fundamentalmente en Acción Republicana y el Partido Radical Socialista, y posteriormente en Izquierda Republicana y Unión Republicana.

El libro desarrolla su contenido a través de una serie de capítulos en los que el autor va trenzando la evolución interna de las distintas formaciones políticas, con la actuación que desarrollan en relación a los temas más destacados que conforman la vida política del período republicano.

A lo largo del trabajo se estudian asuntos tan importantes como la formación de los partidos republicanos, su vida interna, sus programas políticos, el número de sus afiliados, la fuerza electoral de cada uno de ellos en las distintas provincias y regiones, etc. Al mismo tiempo, el autor nos muestra la actuación de cada partido en cada uno de los grandes asuntos que tuvieron lugar en el largo quinquenio republicano y la incidencia que todos los problemas tuvieron sobre las distintas formaciones políticas republicanas.

En este sentido nos presenta la participación de esos partidos en las grandes reformas del primer bienio, así como en la revolución de octubre y el Frente popular. Desde esta perspectiva el trabajo aborda demasiados problemas y por ello en algunos casos se hace un estudio poco profundo.

A lo largo de todo el libro y en algún capítulo final se explica con claridad el conjunto de la obra reformista que la izquierda republicana intentó llevar a cabo en estos años, que en realidad, acabó siendo un intento frustrado. Dicho proyecto reformista nacía del ideario político que presentaban con muy pocos matices diferenciados, las formaciones políticas que aquí se estudian.

El ideario político, apenas escrito en grandes obras, se hallaba expuesto en declaraciones programáticas, conferencias y en los muchos mítines que los respectivos líderes

dieron en estos años. En definitiva, la izquierda republicana profesaba un liberalismo democrático al que se intentaba añadir un componente de reforma social a través de intervencionismo estatal.

La izquierda republicana intentó incidir sobre los grandes problemas que la España de los años treinta tenía planteados: el problema agrario, la cuestión religiosa, la cuestión de las autonomías, el sometimiento del ejército al poder civil, etc.

En conjunto, el trabajo está bien desarrollado, y varios aspectos están tratados con técnicas adecuadas que permiten perfilar detalladamente muchos de los problemas estudiados.

No se resuelve sin embargo, el gran problema del engarce que dichas fuerzas políticas tuvieron con el conjunto de la sociedad y el papel que jugó su política en el contexto de las clases sociales de los años treinta.

En este sentido, sigue siendo necesario investigar sobre las clases sociales de la II República para poder encajar mejor estudios como el que aquí hemos comentado.

Manuel Redero San Román

J. GARCIA DURAN,

La guerra civil española: Fuentes (Archivos, bibliografía y filmografía).

Barcelona, Editorial Crítica, 1985.

Desde hace algunos meses, por distintos conductos se nos intenta alertar sobre cierta veda que se acaba de abrir y sobre el rito que algunos nostálgicos —se nos dice— inician, actualizando el baúl de sus recuerdos con la intención de poner al día deseos insatisfechos de una venganza histórica. El diluvio que vendrá se quiere sustituir ahora por el 50º aniversario que llega y se desea cultivar así, sospechosamente, el caldo propicio donde el recelo y un sentimiento de manipulación de hechos pasados se esgrimen como amenaza para paralizar o inutilizar en su caso el esfuer-

historiográfico sincero de mirar hacia atrás con el fin de contribuir a la reconstrucción de una España que dejó de ser patrimonio de unos pocos. Si después de lo visto y vivido en estos últimos años, uno no estuviera ya curado de espantos, todo este repertorio de alarmas podría no sólo preocuparnos, sino también asustarnos.

Si por repetirlo una vez más, sentimientos distintos e ideologías diversas se plegasen a la realidad de los hechos históricos, lejos de la polémica que irracionalmente los ha enfrentado durante casi medio siglo, no nos cansaría volver a decir que los sucesos de la guerra civil, querámoslo o no, son ya un pasado que ha entrado a formar parte de nuestro patrimonio cultural al que tendremos que acostumbrarnos y al que habrá que acercarnos con la razón tanto como hasta ahora lo hemos hecho con la pasión. Y nada mejor para esta terapia racional que aproximarnos a las fuentes para conocer documentalmente los hechos y limpiarnos un poco —o mucho— la conciencia de emociones partidistas que nos permitirán de este modo recordar aquello que no hay porqué olvidar.

Así pues, habrá que agradecer a García Durán la doble oportunidad que, con la publicación de esta obra, nos brinda a todos de ahondar, por una parte, en el conocimiento histórico de la guerra civil y de ayudarnos a formar, por otra, nuestra propia conciencia, tan necesaria hoy para mirar, ya para siempre, hacia atrás sin ira.

En algo más de 400 páginas, este «veterano anarcosindicalista» nos ofrece un análisis detallado de la documentación que, sobre «la más internacional de las guerras civiles», existe en algo más de cien archivos por él visitados. Si importante resulta el extenso repertorio de fuentes que García Durán nos presenta, el estudioso tendrá que reconocerle también las recomendaciones prácticas que, con harta frecuencia, aparecen junto al propio estudio de estos fondos archivísticos. Las constantes llamadas de atención sobre el manejo adecuado de los catálogos, sobre la revisión crítica de los índices, sobre las burocráticas formalidades en uso en ciertos archivos, sobre la inutilidad de acudir a algunos de los más conocidos, sobre las oportunas autoriza-

ciones que hay que buscar al margen del mismo director y, en fin, sobre los precios de microfilms y de fotocopias así como la correcta dirección postal de todos ellos. Estos y muchos más consejos, son de agradecer por el tiempo y los gastos que ahorrarán a muchos especialistas obligados a manejar una documentación de primera mano excesivamente dispersa y no suficientemente investigada.

De las muchas apreciaciones que se pueden desprender de la lectura —he de reconocer que, en contra de mis temores iniciales, resulta amena por la morbosa curiosidad que provoca el descubrir los contenidos de muchos archivos mitificados de alguna manera en la mente del historiador— de estas páginas, tres de ellas aparecen con suficiente entidad como para destacarse, al margen de las interesadas que cada especialista subrayaría de acuerdo a sus necesidades documentales.

La primera que hay que señalar se refiere al esfuerzo que despliega García Durán por presentar el repertorio más completo de toda la documentación disponible para poner al día el estado de la cuestión sobre el intervencionismo extranjero en su aspecto económico y financiero. En la exposición que hace de los fondos que cada archivo posee sobre esta temática, no se resigna a su simple enumeración, sino que señala también la insuficiencia de ciertas interpretaciones a causa precisamente del desconocimiento o del análisis incompleto que el historiador señalado hace de esas fuentes. Por eso creemos que a partir de ahora podrá consultarse —como muy bien augura García Durán— más documentación de la que ha venido siendo frecuente entre los investigadores.

La segunda apreciación que merece subrayarse consiste en la valiente requisitoria que lanza a las autoridades interesándolas en eliminar esa lepra de las depredaciones documentales que están perpetuando verdaderos vacíos históricos en el conocimiento de nuestro pasado inmediato. Apropiaciones privadas de documentos públicos que, al margen del contencioso jurídico que enturbian siempre estos asuntos, impiden a los españoles recuperar históricamente su pasado.

Y, en fin, la última, una grata sorpresa: la abundantísima noticia que se nos da sobre

trabajos y tesis inéditas de muchos historiadores extranjeros, desconocidos en su mayoría por nosotros y que, a partir de ahora, nos obligará a espiar permanentemente las librerías en espera de ver sus obras traducidas.

No obstante, para coronar estas apreciaciones que acabamos de destacar, nos hubiera gustado que esta «guía» sobre fuentes archivísticas, se hubiera preparado temáticamente, tal como se hace al final con la selección bibliográfica. ¿Por qué esta diferenciación? Echamos de menos también la enumeración de fondos documentales manejados por especialistas conocidos —el profesor Viñas, por ejemplo— y que el autor no recoge en su obra. Asimismo nos sorprenden ciertos errores que en una obra tan puntillosa como ésta, no esperábamos: la confusión de apellidos de historiadores conocidos —quisiéramos achacarlo a error de imprenta—, y esos folletos que García Durán considera que no tienen nada que ver con la guerra civil llamando la atención a los que así lo hicieron y que, sin embargo, hemos comprobado lo contrario. Tampoco podemos resistirnos a confesar el asombro que nos produce la información sobre la existencia del archivo de la FIJL entre la documentación que contiene el de la CNT. Datos de esta índole, aparte de desorientar a los especialistas, predisponen un poco sobre la seriedad del trabajo aquí comentado.

A pesar de todo, aunque las deficiencias fueran muchas más, obras como la de García Durán debieran multiplicarse, porque si queremos normalizar el estudio de la guerra civil, habrá que considerar que todo cuanto se haga por humanizar —que es lo mismo que racionalizar— su conocimiento será poco. Porque para mirar hacia atrás sin ira, además de limpiarnos las ojeras —dígase emociones y sentimientos—, conviene que nos conozcamos en el pasado y en el presente. Por eso no nos sonroja apostar también por las numerosas conmemoraciones que se anuncian ya sobre el 50º aniversario de la guerra civil.

Jesús L. Santamaría

JUAN PABLO FUSI,
Franco. Autoritarismo y poder personal.
Ediciones El País, S. A., 1985, 283 págs.

Desde sus inicios, en los primeros años 70, la obra de Juan Pablo Fusi se ha distinguido por un rigor científico y una honradez intelectual extraordinarios, y hasta por una facilidad y brillantez expositiva lamentablemente inusual entre los historiadores. A su primer y espléndido libro, «Política Obrera en el País Vasco» (1975), hubo que agradecer además el que, con extraordinaria eficacia, desmontara algunos de los tópicos que un ingenio y bienintencionado militante había introducido en mucha de la historiografía de la época. El, hasta ahora, último eslabón de esa obra, progresivamente dedicada a las cuestiones más contemporáneas de nuestra historia, es este «ensayo biográfico» sobre Franco. No es extraño que el libro se haya convertido en todo un «best seller»: cuando a las características habituales en el quehacer profesional de Fusi, se han unido la oportunidad, el prestigio del editor y un buen lanzamiento comercial, necesariamente el éxito tenía que acompañar a la empresa.

Según el propio autor, su propósito con este «Franco. Autoritarismo y Poder Personal» no era desvelar datos originales sobre el franquismo —el libro no se basa en fuentes inéditas—; sino intentar una síntesis e interpretación personal de hechos ya conocidos, una especie —como dice Malefakis en un prólogo decepcionante— de «introducción a la historia de la carrera política de Franco». Y ello, desde un decidido esfuerzo de objetividad, que Fusi viene a hacer coincidir con una postura de equilibrio, de «justo medio», tan lejana de la literatura hagiográfica como de la de denuncia.

La verdad es que la obra, el resultado final, se ajusta perfectamente a estos objetivos. La imagen que, a través de la biografía de Franco, Fusi nos ofrece del franquismo es la de un régimen político de gobierno personal, dirigido por un hombre que era básicamente un «soldado de Africa», con una ideología reducida a unas pocas convicciones elementales (en esencia, las de combatir las «cuatro obsesiones» de las que alguna vez ha hablado Vázquez Montalbán: a saber, desor-

den, separatismo, liberalismo y masonería, comunismo), carente en realidad de un verdadero proyecto político, pero firmemente imbuido de la creencia en el poder salvífico que su acción tenía para España, y hábil explotador de las cambiantes circunstancias que desde los años 30 hicieron posible su poder. No se entra en la polémica sobre cuál es el modelo teórico en el que puede hacerse encajar el régimen político de Franco, aunque la imagen descrita parece cercana al tipo de «régimen autoritario con pluralismo limitado» al que hace años se refirió Linz. Dejando a un lado lo discutible que ello pueda ser, en todo caso el libro está además muy bien escrito, y el tono divulgativo que en esta ocasión Fusi tiene que emplear no supone en ningún momento merma en su rigor y precisión de siempre.

Resulta imposible no alegrarse del enorme salto cualitativo que, según testimonian trabajos como éste, han experimentado en muy poco tiempo los estudios históricos sobre el franquismo. Muy lejos quedan, desde luego, aquellos trabajos historiográficos que hace sólo 3 ó 4 años, con muchas dosis de autojustificación, aún sostenían que había sido fundamentalmente la constancia en la presión social y política de las fuerzas de oposición al franquismo lo que había desempeñado el verdadero papel de motor de cuantas transformaciones se fueron produciendo en el régimen.

Sin embargo, ya inmersos —y afortunadamente— en un paulatino distanciamiento de las interpretaciones ideológicas, comienza a no estar del todo claro que el resultado de una obsesiva preocupación por «objetivar» las conclusiones historiográficas sobre este tema, tenga que ser exactamente el que se pretende. Parece indiscutible, en cualquier caso, que ningún afán de moderación y de equilibrio, por muy loable que éste sea —y aquí no hay duda de que lo es—, debe impedir que se llame a las cosas por su nombre. Y quizá sea en este aspecto en el que el libro puede merecer alguna objeción. Naturalmente, Fusi deja bien claro el juicio negativo que, como encarnación de la dictadura más larga de nuestra historia contemporánea, Franco merece desde una perspectiva liberal y democrática. Pero a este respecto en alguna

ocasión el libro llega a resultar, en cambio, desconcertante: podrán ser cuestiones anecdóticas, pero algunos hechos que Fusi refiere, como, por ejemplo, la orden de fusilamiento a un legionario dada por Franco en Africa tras un incidente, incluso para el autor, «insignificante» (pág. 26), o alguna otra escalofriante actitud del futuro Generalísimo (pág. 30), no parece que exactamente sean, como califica respectivamente Fusi, rasgos propios de la conducta de un «oficial duro y expeditivo», o de «frialidad de carácter». En este mismo sentido, parece también injustificable la insistencia de Fusi en aislar algunas de las características que reconoce en el franquismo el retrato de Franco que como biógrafo realiza: no se comprende así cómo prácticamente se viene a afirmar la falta de responsabilidad personal de Franco en el «desaforado culto a la personalidad» con la que se le rodeaba (pág. 49), en la falaz insistencia de la propaganda del régimen en el carácter providencial de su intervención para evitar la entrada española en la Guerra Mundial (pág. 82), en los costes sociales del desarrollismo (pág. 127), o en la violenta represión de las movilizaciones obreras de los años 60 y 70 (pág. 169).

Probablemente todo esto tenga relación con el un tanto estrecho concepto que Fusi parece tener de lo que llama «literatura de denuncia». De ella —ya se dijo antes— distancia a su libro desde el principio. Sin que, por supuesto, quepa dudar de la legitimidad de esa opción, puede recordarse también, con Angel Viñas, que «el rigor científico es compatible con la voluntad de denuncia y de desmitificación». Y en este caso, basta, por ejemplo, echar un vistazo a casi cualquier periódico de estas fechas para comprobar la amplia vigencia con que sigue contando una historia del franquismo construida a base de mitos o de puras falsedades. El propósito de desmontar ese tipo de historias es algo que a muchos les parece, por eso, muy necesario. Y así, podrá no sernos grato, pero en contra de lo que supone Fusi, tras muchos años de propaganda —por poner un ejemplo— sobre los efectos taumatúrgicos de la intervención del Caudillo en el caso, afirmar, como él mismo hace —y confirma plenamente el último estudio de Tusell—, que lo que en realidad

salvó a España de la intervención en la Guerra Mundial fue el interés de ambos bandos en la neutralidad española, sí significa en buena medida «juzgar el mérito o el demérito de los dirigentes del régimen» (pág. 92) en este tema.

Desgraciadamente, el libro de Fusi no ha querido, desde luego, participar de este sentido desmitificador del que hablamos. En definitiva, quizá esto sea lo único que pueda lamentarse en una obra, por lo demás, muy útil, tanto para el especialista como para el gran público.

Mariano Esteban de Vega

R. BELLET (Editor),

L'aventure dans la littérature populaire au XX siècle, Lyon Presses Universitaires de Lyon, 1985, 220 págs., ilustraciones.

Disponemos de poco material de síntesis para esta nueva rama de la historia, la historia de las mentalidades, que se está desarrollando rápidamente. Este libro, resultado de un coloquio de especialistas, se refiere al sentido de la aventura en la literatura francesa no erudita del siglo pasado: Julio Verne ante todo, como cabe suponer, pero también Héctor Malo, Rocambole, la aventura española de Théophile Gautier y el famoso periódico *Les Veillées des Chaumières*.

Material importante para los primeros pasos del estudio de la mentalidad popular, sin la cual es difícil comprender las reacciones de la calle.

JUSTO CARRILLO,

Cuba, 1933. Estudiantes, yanquis y soldados.

Coral Gables, Instituto de Estudios Interamericanos. Universidad de Miami, 1985, 497 págs.; fotos.

El estudiantado tuvo siempre en Cuba, hasta 1960, un papel político importante. Este libro estudia este papel en relación con los acontecimientos de 1933 que llevaron al poder al Dr. Grau Sanmartín y determinaron, también, su derrocamiento por el sargento Fulgencio Batista. El autor muestra como la embajada norteamericana influyó en los acontecimientos, no sólo directa sino también indirectamente, por la mentalidad popular derivada de la existencia, detestada pero real, de la llamada enmienda Platt. El libro destruye muchos mitos y ayuda a comprender la evolución posterior de la política cubana hasta desembocar en Fidel Castro. Es una obra indispensable para los estudiosos del fenómeno cubano.

ENMANUEL KANT,

Pour la paix perpétuelle. Projet Philosophique, Lyon Presses Universitaires de Lyon, 1985. 192 págs.

Joël Lefebvre presenta extensamente la obra política de Kant, especialmente su proyecto de paz perpetua, que unos han calificado de utópico y otros de desarrollo hasta sus últimas consecuencias de las Críticas del filósofo de Königsberg. Kant, apoyándose en proyectos anteriores como el del abate de Saint Pierre de 1731, propone el suyo, en 1792, ante una Europa agotada por las luchas militares surgidas de la Revolución Francesa. En cierto modo muestra que el proyecto de Kant no es utópico sino, como él mismo decía, un deber.

La selección de textos que sigue al suyo, en la cual se reúnen propuestas de paz de Erasmo, Grocio, Rousseau, Los enciclopedistas, Fichte, Gentz, Clausewitz, Marx, Engels, Freud y hasta Hitler hacen de este libro una obra de permanente actualidad.

NOUREDDINER SRAIEB (Editor),

Le mouvement ouvrier maghrebin, París, CNRS, 1985. 327 págs.

Una serie de especialistas franceses y del Magreb estudian diversos aspectos del movi-

miento obrero (entendido sobre todo como sindical) de Túnez, Argelia, Libia y Marruecos. Tal vez la consulta de esos análisis exija un previo conocimiento de este movimiento obrero y sus orígenes, unas veces derivado del francés (especialmente cuando se relaciona con el movimiento comunista) y otras confundido con el movimiento nacionalista de antes de la independencia. El movimiento obrero del Magreb es muy distinto, por el contexto social en que se desenvuelve, del europeo; no hay en él la independencia del segundo ni se le plantean los mismos problemas, sin embargo, la influencia de ideologías de origen europeo es todavía fuerte y si bien ha logrado desarrollar formas propias de organización no ha conseguido aún cristalizar un pensamiento propio que, sin hacer de lado la herencia europea, refleje las necesidades locales.

PAULA WEIDEGER,
History's Mistress, Londres, Penguin,
1985, 276 págs., ilustraciones.

En 1885 se publicó un libro en Alemania que adquirió gran popularidad y que, sin embargo, se olvidó pronto; *Das Weib*. En más de dos mil páginas analizaba, no sin iconoclastia, las leyendas, creencias, pensamiento, conocimientos ginecológicos y ritos que condicionaban la situación de la mujer.

Al cabo de cien años, una psicóloga experimental norteamericana selecciona los fragmentos más reveladores del libro, los sitúa en el contexto de la época en que se escribieron y estudia la evolución de la condición femenina desde entonces. Es, pues, un libro, no tanto de feminismo cuanto de etnografía histórica. Un libro fascinante, además, porque la autora sabe escribir mucho mejor que sus colegas profesionales.

MERCEDES SEMOLINOS,
Hitler y la prensa de la II República española, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1985, 290 págs.

El título es bien explícito respecto del contenido del libro, pero éste, para quien vivió la época a que se refiere, resulta extrañamente limitado. La alarma sobre la subida del nazismo al poder la dieron no tanto los diarios comerciales o independientes, ni siquiera los de partido, cuanto la prensa obrera semanal. Es en ella, que la autora no analiza, donde hay que buscar los mejores análisis de lo que Hitler podría representar para el mundo y, de rebote, para España. Cinco citas de Araquistain, ninguna de Andrés Nin o de Joaquín Maurin, indican el grado de esta limitación.

En realidad el libro se dedica, con buena técnica y comentarios adecuados, al examen de la prensa del gran público. Ahora bien, para quien vivió entonces, es evidente que esa prensa podía influir en la masa neutra, pero que esa masa influía poco en la política y menos aún en la política exterior. Eran los militantes de los partidos quienes ejercían influencia, y éstos se alimentaban no en la prensa diaria (salvo en el caso de cenetistas y socialistas a los que la autora apenas cita), sino en la prensa de partido.

En cuanto a la derecha el libro tiene por consecuencia hacernos ver que el análisis de la misma era más visceral que racional. Se echan de menos las opiniones de los principales intelectuales de la época, Unamuno está en el índice dos veces, Ortega ninguna, Besteiro una. En realidad el libro trata, sobre todo, de cómo la prensa comercial dio las noticias sobre el nazismo y no de lo que se pensó y escribió respecto a Hitler. Es un buen trabajo que necesita una segunda parte.

Víctor Alba